

Crisis en el Golfo Pérsico: La invasión anunciada y el Nuevo Orden Internacional

León Rodríguez Zahar

Que aquel que representa a la URSS (en Helsinki) tome esta oportunidad para reivindicar a la Unión Soviética como gran potencia y rechace la actitud selectiva hacia la cual la empuja Estados Unidos.

SADDAM HUSSEIN, MENSAJE A LAS SUPERPOTENCIAS, 8 DE SEPTIEMBRE.

El combate contra la presencia hegemónica de Estados Unidos en el Golfo Pérsico debe ser considerado una guerra santa voluntaria y aquel que muera por esta causa será considerado como mártir... donde Irán tiene una presencia y una influencia no permitirá que se implante Estados Unidos... los pueblos musulmanes no dejarán que Estados Unidos cree un dispositivo de seguridad en esta región.

AYATOLAH ALÍ JAMENEI LÍDER ESPÍRITUAL DE LA REPÚBLICA ISLÁMICA DE IRÁN. 12 DE SEPTIEMBRE.

A la luz de recientes informaciones parece confirmarse la suposición de que una invasión iraquí a Kuwait debía haber estado prevista en algunas cancillerías y centrales de inteligencia de las potencias occidentales por lo menos desde el mes de marzo del año en curso. Sobre todo, si se consideran los antecedentes históricos del caso. En efecto, fuentes del gobierno jordano han asegurado que el rey Hussein de Jordania, fue informado por el presidente Saddam Hussein de sus intenciones de reabrir la cuestión de los límites fronterizos con su vecino Kuwait. El plan consistía en que Kuwait le rentara o cediera a Irak las islas de Warba y Bubian las cuales prácticamente bloquean su estrecha salida sobre el Golfo Pérsico¹.

¹ Esta propuesta la había planteado el propio Saddam Hussein desde que ocupaba el cargo de vicepresidente en 1974 al entonces príncipe heredero de Kuwait y actual emir, Jaber Ahmed al-Sabah. Irak volvió a plantearla en 1984 durante el conflicto con Irán argu-

El rey Hussein tuvo conocimiento de las intenciones de Irak y se prestó a llevar la propuesta al emir de Kuwait en una visita que realizara el 26 de febrero de 1990. El 3 de marzo, el gobierno de Kuwait le hizo saber al de Bagdad su disposición a tratar el asunto, siempre que Irak ratificara el reconocimiento a la independencia kuwaití, hecho en 1963 ante Naciones Unidas. Esta había sido una demanda constante del gobierno del emir temeroso de las pretensiones anexionistas de Irak². Irak rechazó la condición kuwaití y las relaciones comenzaron a deteriorarse abiertamente desde mayo, cuando el presidente Hussein exigió a Kuwait y a los países del Golfo la cancelación de su deuda externa.

En este sentido es muy significativo el hecho de que meses antes de la invasión el *Bank of International Settlements* de Basilea, el cual reúne a las diez naciones más industrializadas, decidió clasificar a la región del Golfo como una zona de alto riesgo político y crediticio, iniciando con ello los respectivos movimientos financieros hacia otras regiones. Los países del Golfo, en particular Kuwait y Bahrein, protestaron enérgicamente sin lograr convencer a los hombres de negocios bien informados de cambiar su punto de vista. No puede menos que pensarse que las centrales de inteligencia de Occidente debían te-

mentando que la posición estratégica de las islas no sólo le facilitaría la defensa de su costa sino la del propio Kuwait. Baste ver un mapa de la zona para justificar la racionalidad geoestratégica del argumento iraquí. Por lo demás, su lógica no es diferente de aquella utilizada por Gran Bretaña con respecto a las Malvinas o de Estados Unidos respecto a la zona del Canal de Panamá

² Cabe recordar que Irak firmó en 1989 y 1990 sendos tratados de no agresión con Arabia Saudita y Bahrein. Ello pone de relieve las tensiones existentes en la región sobre todo a partir de que finalizara la guerra Irak-Irán. Un acuerdo similar habría sido buscado por Kuwait.

ner algún plan de contingencia.

La pregunta que flota en el aire y en el Congreso norteamericano es ¿por qué Estados Unidos no tomó medidas preventivas o al menos más enérgicas? Cuando Kuwait le pidió su protección en 1987 para sus petroleros amenazados por Irán, Washington tardó cuatro meses en responder. En esta ocasión, es de suponer que el emirato puso a Washington al tanto del peligroso deterioro de sus relaciones con Irak, mucho tiempo antes de la invasión.³

Por su parte, Israel había dado ya la voz de alarma acerca de las intenciones belicistas de Bagdad en la región, por lo menos desde marzo de 1990. Aparentemente, fue entonces que los gobiernos occidentales orquestaron un plan internacional destinado a frenar el desarrollo armamentista de Irak, pero era ya demasiado tarde. Se recordará que desde abril de este año, surgieron en la prensa noticias constantes sobre la detención de partes destinadas a un "supercañón" y a una bomba nuclear que los iraquíes estaban fabricando, supuestamente para "destruir a Israel". Varios países de los que ahora han situado sus flotas en el Golfo, posiblemente para descargar sus conciencias, cooperaron en esta operación anti-iraquí que, por lo demás, afectó seriamente las ventas de sus propias industrias militares. En este sentido, quedan por explicarse las intenciones de Francia y la Unión Soviética, en pleno proceso de distensión mundial, al haber dotado tan espléndidamente al arsenal iraquí durante los últimos diez años, hasta llevar a ese país, "poco confiable para Occidente", a ocupar el puesto de primera potencia del Tercer Mundo con una aviación equivalente o superior a la de varios países de la OTAN. Posición que, por cierto, Irán estuvo a punto de alcanzar antes de que el sha perdiera las simpatías de Occidente.

En democracias tan estrictas como las de Estados Unidos y Europa occidental no sería remoto pensar que uno de los desenlaces en la actual

³ El motivo inmediato por el que Irak había urgido a Kuwait a que le cediera estas islas, era la construcción del puerto iraquí de UMM-KASR que debía ser prácticamente la única salida de ese país hacia el Golfo Pérsico en sustitución del puerto de Basora, inservible desde años atrás y del de Fao situado en la frontera con Irán y escenario de violentos combates durante la guerra. Este estrangulamiento de Irak le ha obligado a buscar vías alternativas para la salida de su petróleo a través de oleoductos que cruzan Jordania, Turquía, Siria y Arabia Saudita con el consecuente pago de cuotas y derechos especiales a estos países además de la vulnerabilidad que ello implica.

crisis sea un escandaloso *Irak-Gate* que termine con algún gobierno.

A la luz de las consideraciones anteriores sólo caben dos conclusiones: o se interpretaron mal en Occidente las intenciones de Saddam Hussein pensando que su objetivo era Israel o intencionalmente se le permitió su acción militar, sacrificando a Kuwait, para tener un pretexto para situar una gran fuerza de intervención en la rica región del Golfo destinada a destruir, mediante un "ataque militar selectivo", la infraestructura bélica de Irak e impedirle con ello que ingrese al selecto grupo de las superpotencias. Por su parte, Irak probablemente calculó que Occidente se sentiría aliviado al ver la potencia militar de Bagdad descargarse contra Kuwait y no contra Israel. Por lo demás, según información de la revista *Newsweek*, citando como fuente a la CIA, Estados Unidos importaba de Kuwait solamente el 1% de su petróleo, de Irak el 2.8% y de Arabia Saudita el 7.1% (ello sin considerar los 100 mil millones de dólares que el emirato tiene invertidos en Occidente).

Las percepciones mutuas de Irak y de Washington previas a la crisis fallaron. Afortunadamente, los cálculos sobre el potencial destructivo de una guerra parecen ser más precisos y disuasivos. Considerando lo anterior, debe llamarse la atención sobre el hecho de que contra todas las apariencias, la intención original de los aliados occidentales no pudo haber sido la de emprender una acción militar, ya que inmediatamente se recurrió a la concertación internacional para enfrentar, dentro del marco legal provisto por Naciones Unidas y la Liga Árabe, el *fait accompli* de Saddam Hussein. Considerado a distancia parece evidente que, desde un principio, tanto la Unión Soviética como Arabia Saudita comprendieron que, dado el potencial destructivo de Irak, la presencia militar estadounidense en la zona no debía servir sino para fines meramente disuasivos. Ni Arabia Saudita ni ninguno de los vecinos de Irak puede prestarse como campo de batalla en una guerra altamente destructiva.

ESCENARIOS

I. Acuerdo soviético-norteamericano

La Unión Soviética y Estados Unidos han venido negociando en los últimos cinco años la

distensión en suelo europeo, tras 45 años de guerra fría y severos déficit económicos. Ambos parecen haber encontrado suficientes garantías de seguridad para "liberar" al viejo continente "raptado", pero es obvio que en otras regiones del mundo —antiguos escenarios de su guerra fría—, tienen que crear las condiciones de mutua confianza y seguridad para enfrentar concertadamente una crisis como la que vive hoy el Medio Oriente, sin poner en peligro sus relaciones bilaterales.

Al estallar el conflicto, la expectativa estadounidense de lograr al menos un "silencio aprobatorio" de su nuevo aliado europeo, la URSS, no respondió a la realidad. Recientemente la agencia TASS publicó declaraciones del comandante supremo del Pacto de Varsovia en el sentido de que una guerra al sur de la frontera soviética debía ser considerada como "una grave amenaza a la seguridad nacional de la URSS". Asimismo, el diario *Pravda* advirtió que de estallar una guerra, la primera víctima sería la relación Este-Oeste. Evidentemente, la actual es una situación límite para el liderazgo soviético, un pretexto excelente para el sector militar "conservador" que se opone a las políticas de Gorbachov. Quizás este argumento —más que el peso específico de la Unión Soviética como superpotencia— debió ser planteado en la reciente cumbre de Helsinki y constituye un motivo suficiente para que Estados Unidos reconsidere sus intenciones en el Golfo. En efecto, el comunicado de Helsinki deja ver que Moscú no está dispuesto a permitir que Estados Unidos salga del marco legal de Naciones Unidas (en el que contribuyó a situarlo), e incluso logró, para beneficio de su antiguo aliado Irak, que Washington aceptara el envío de ayuda humanitaria y reconociera la necesidad de "trabajar intensamente" en la solución de los conflictos pendientes de la región.⁴ Por su parte, el presidente Bush logró de la URSS el compromiso de presionar al máximo a la comunidad internacional para aplicar el embargo y "estrangular" a Irak. Previsiblemente, Estados Unidos utilizará su influencia y poder económico para "discipli-

⁴ Formalmente al menos, subsiste entre la Unión Soviética e Irak un "acuerdo de amistad" que incluye la cooperación en la defensa mutua. Cuando Irán contrató a Irak en 1982 e invadió territorio iraquí, Moscú le restituyó a Bagdad el envío de armamento. Teóricamente, si las potencias occidentales atacaran a Irak, Moscú tendría que hacer efectivo el tratado.

nar" a la comunidad internacional para que coopere, como lo ha hecho antes en el caso del combate al narcotráfico.

Tras la cumbre de las superpotencias, las expectativas de los estrategas occidentales están cifradas en doblegar a Irak mediante el bloqueo y/o en la esperanza de que triunfe alguno de los planes "secretos" para derrocar al presidente iraquí. El régimen de Bagdad, por su parte, cifra su apuesta en ganar tiempo para erosionar el consenso occidental y atraerse el apoyo de países árabes y del Tercer Mundo. A este respecto caben dos consideraciones:

Por un lado, hay que considerar que las sanciones comienzan a revertirse en contra de las economías de varios países, sea por la expulsión de sus trabajadores del área del conflicto o por los lazos comerciales que sostenían con Irak. Además de Jordania, Egipto, Turquía e India entre otros, las balanzas comerciales de Argentina, de Brasil y de la propia Unión Soviética serán afectadas. Varios de estos países comienzan a buscar "compensaciones". ¿Pero quién va a pagarlas?

Por otro lado, a medida que se pospone la posibilidad de una acción militar, la opinión pública estadounidense y de Occidente va recuperando la conciencia. Comienzan a aparecer artículos en revistas norteamericanas sobre el recuerdo de las trágicas experiencias con rehenes occidentales en Medio Oriente y otros que estiman el número de víctimas en una eventual guerra. Pasan a segundo plano los brillantes planes de algunos estrategas militares ansiosos de fama para acabar con Irak en unas cuantas horas. En una democracia cuentan más los votos de los vivos que los de los soldados muertos. En una dictadura los muertos son mártires o héroes.

II. El desacuerdo árabe

Otro elemento a favor de Irak es que, a medida que se prolonga y acrecienta la presencia militar occidental, se va haciendo más profunda la división en el mundo árabe en dos bandos como lo demuestra el reciente conflicto diplomático suscitado por el traslado de la sede de la Liga Árabe a Egipto.

Saddam Hussein va ganando simpatías entre las poblaciones árabes y entre los gobiernos de la región, sobre todo al evocar los estrechos la-

zos entre Estados Unidos e Israel y al hacer un hábil manejo propagandístico de la guerra santa islámica (*Yihad*), para lo cual cuenta con las simpatías de Irán. Todo ello comienza a afectar gravemente la legitimidad y estabilidad de aquellos regímenes del área que han cooperado estrechamente con las potencias occidentales. Se crea así la posibilidad de que se abran brechas en el cerco occidental tendido contra Bagdad. Los gobiernos de la región, incluido el saudita, comienzan a pronunciarse en contra de la idea de crear un sistema de seguridad regional como el que han evocado los estadounidenses, ya que ello significaría la instalación de bases permanentes. La posibilidad de que se le permita a la Liga Árabe formar un ejército de "interposición" entre Irak y Arabia Saudita va ganando adeptos.

La situación de Arabia Saudita cuya familia reinante custodia los lugares santos del islam, es particularmente delicada. La presencia de tropas occidentales "infieles" resulta por demás incómoda y peligrosa para la legitimidad de la monarquía, por no mencionar la carga que ello significa para su presupuesto. Los sauditas saben que de prolongarse demasiado esa presencia habrá un efecto contraproducente, inflamando tarde o temprano el espíritu revolucionario fundamentalista y antioccidental en su propio reino y en toda la región, como ya se ha visto en los casos de Sudán, Argelia, la población palestina e Irán. La posibilidad de atentados terroristas contra la presencia extranjera puede complicar seriamente la situación. Baste recordar el que se cometió contra los *marines* estadounidenses en Líbano.

III. El pacto entre Irán e Irak

No puede menos que llamar la atención el hecho de que mientras las superpotencias se reunían en Helsinki, las dos potencias regionales —Irán e Irak— anunciaban el restablecimiento de relaciones diplomáticas. Aunque existen facciones jomeinistas radicalmente en contra de Saddam Hussein en Irán, el tono de las declaraciones del gobierno del presidente Rafsanjani y del líder espiritual Jameini, (quien ocupa el cargo dejado por el extinto ayatollah Jameini) indica que Irán considera mucho más apremiante hacer frente a la presencia de Occidente en la zona, dando marcha atrás en su proceso de moderación. No se puede descartar del todo que Irán

e Irak aspiren a ejercer un condominio regional en el Golfo.

El canciller Velayati, al recibir a su homólogo iraquí, Tareq Aziz, en la visita que realizara a Teherán el 9 de septiembre de 1990, evocó una realidad histórica y social insoslayable que une a los dos países antes enemigos: la presencia en Irak de un 60% de población chiíta y la presencia en ese país de los más importantes lugares santos del chiismo.⁵ Para los chiítas los lugares santos en Irak son casi tan importantes como los de Meca y Medina. Irán no puede permitir que en una guerra sea mancillados sus lugares santos situados en territorio iraquí, ni que sean masacrados sus correligionarios. La posibilidad de un acuerdo profundo entre los dos países en la actual crisis comienza a perfilarse. En este sentido, los estrategas de Washington deben comprender que su presencia en la zona va a tener efectos contraproducentes ya que podría resucitar en un corto tiempo el fantasma de la "Revolución islámica" patrocinada por Irán.

IV. El nuevo orden en el Medio Oriente

Israel vio con preocupación el surgimiento de Irak como potencia militar desde 1988 y la amenaza que ello representaba para su primacía militar y su supervivencia en la región; por su parte, los palestinos vieron en la transformación de Bagdad en potencia militar una esperanza de salvación. Pero en las actuales circunstancias ya no es sólo Israel o las monarquías del Golfo los que se encuentran amenazados sino que las dimensiones de los arsenales acumulados por varios países de la región, aliados o no de Occidente, obligan a éstos y a las superpotencias a tomar medidas drásticas que contrarresten las varias fuentes de conflictos regionales. Sin duda la cuestión palestina se encuentra en el eje de estos problemas al igual que el de la legitimidad de las fronteras que dividen a los países del área.

Cualquiera que sea el desenlace de la crisis, las superpotencias deberán sentarse, junto con los países involucrados, a la mesa de negociaciones para analizar y resolver los conflictos pendientes. Tal posibilidad fue evocada por la Unión Soviética y, tras la cumbre de Helsinki, Es-

⁵ El chiismo es la rama minoritaria del islam a la que pertenece la población iraní y la mayoría de la población iraquí y de otros países del Golfo. Está en conflicto doctrinal con la rama sunnita que se profesa en la mayoría de los países árabes.

Estados Unidos, Gran Bretaña y sobre todo Francia, parecen dispuestos a aceptarla. De no hacerlo, la invasión iraquí a Kuwait será solamente el preludio de una serie de conflagraciones regionales de consecuencias insospechadas.

CONCLUSIÓN

La actual crisis en el Golfo ha mostrado a la comunidad internacional las consecuencias, para el Tercer Mundo, de la desaparición del orden bipolar. El panorama es poco alentador ya que las condiciones para conflictos del tipo ira-

ko-kuwaití, es decir, Sur-Sur, se pueden repetir en muchas otras regiones del planeta, principalmente en África y en el Extremo Oriente donde el balance de poder entre la URSS, China e India también se está alterando. La desaparición del orden bipolar plantea varios vacíos de poder que inevitablemente las potencias regionales tratarán de llenar.

¿Pero acaso la estructura actual y poder real de las organizaciones regionales y mundiales es capaz de enfrentar el reto? ¿Acaso la comunidad internacional debe permitir o puede evitar que las superpotencias asuman la responsabilidad?